



Día internacional de la pobreza: ¿cómo la evaluamos y medimos?

Una reflexión a partir de la lectura de “Economics of Poverty” de Martin Ravallion (2016)

Bárbara Boggiano, Ph.D. Economics, University of Leicester, UK. Académica Facultad de Economía y Negocios, UAH.

Si bien el mundo ha avanzado en la lucha contra la pobreza en los dos últimos siglos, los estándares alcanzados no están garantizados. La desigualdad, elevada y creciente, ha paralizado el progreso en algunas partes del mundo donde observamos un aumento generalizado de la pobreza.

Analizando esos doscientos años con más detalle observamos que la cantidad absoluta de personas en el mundo que viven en la pobreza extrema no ha disminuido mucho. Aun así, la cifra representa una proporción mucho menor de la población mundial. En 1820, aproximadamente el 80% de la población vivía en condiciones materiales que parecen haber sido razonablemente similares a las del 20% más pobre de la actualidad.

Dicho progreso ha sido desigual a lo largo del tiempo y del espacio. La pobreza extre-

ma se ha concentrado en lo que hoy se denomina el *mundo en desarrollo*. Hasta donde se puede determinar a partir de los datos, la incidencia de la pobreza absoluta hace doscientos años en lo que es hoy el *mundo desarrollado* (a juzgar por una línea de pobreza que apunta a tener un poder adquisitivo constante) no era menor que en el mundo en desarrollo de hoy. Sin embargo, hoy en día casi nadie en el mundo desarrollado vive en la pobreza, tal como se define en el mundo en desarrollo.

Parece que casi todo el mundo tiene un concepto de pobreza, aunque algunos no vean discontinuidad alguna entre ser pobre y no serlo. En otras palabras, existe un nivel de ingresos único por encima del cual las personas de una sociedad y una época específicas tienden a pensar que no son pobres, pero por debajo del cual sí lo son. En este contexto, las líneas de pobreza tienen una



función tanto descriptiva como normativa. La primera tiene por objeto hacer comparaciones de la pobreza a lo largo del tiempo y del espacio, y la segunda tiene por objeto centrar la atención y la acción públicas en la situación de las personas pobres. Incluso antes de que existieran medidas de pobreza con fines descriptivos, hubo intentos de definir qué constituye un nivel de ingresos mínimo razonable para no ser considerado pobre en contextos de políticas específicas. De hecho, la idea básica de esa línea de pobreza es uno de los conceptos más antiguos de la economía aplicada, y se remonta al menos al siglo XVIII.¹

Sin embargo, las líneas de pobreza también presentan desafíos. En primer lugar, la preocupación por los juicios que se requieren para establecerlas o el *problema de referencia*. En este sentido, las líneas de pobreza no son fundamentalmente diferentes de muchas otras ideas de la economía aplicada. De hecho, la elección de un conjunto de bienes de referencia para establecer una línea de pobreza no es un juicio más intrínsecamente arbitrario que el de establecer el conjunto de bienes de referencia para el Índice de Precios al Consumidor (IPC). No obstante, muy pocos de los que rechazan la idea de una línea de pobreza por ser *arbitraria* también rechazarían el uso de un IPC por los mismos motivos. En términos más generales, tanto en teoría como en la práctica, toda medición del bienestar requiere un juicio sobre las características y los precios de referencia de los hogares para anclar esencialmente la regla de medición.

Un segundo desafío es hasta qué punto las líneas de pobreza deben respetar las *preferencias reveladas* de los propios pobres. Partiendo de la base de que las familias

pobres saben mejor cómo gastar sus escasos recursos, deberíamos centrarnos en las limitaciones de recursos globales a las que se enfrentan. En la práctica, esto significa que nos centramos en sus ingresos o gastos totales en lugar de en cuánto gastan (por ejemplo) en calorías. El mismo problema se plantea al analizar las líneas de pobreza. Si las personas pobres saben mejor como gastan sus limitados recursos, entonces queríamos que la composición de la canasta de consumo utilizada para construir la línea estuviera en consonancia con su preferencias y comportamiento. Este enfoque descarta lo que se puede denominar *líneas de pobreza*

breza persistiría inevitablemente, ya que evitar el hambre era el incentivo clave para realizar el trabajo necesario para el progreso económico. Esta forma de pensar la pobreza aún dejaba un papel para las políticas, que debían brindar cierto grado de protección contra los shocks, lo que ayudó a asegurar la estabilidad social después de una crisis.

En una segunda perspectiva, una más moderna, la pobreza no sólo se considera un mal social que puede evitarse mediante la acción pública, sino que hacerlo se considera perfectamente compatible con una economía en crecimiento. De hecho, se espera



Incluso antes de que existieran medidas de pobreza con fines descriptivos, hubo intentos de definir qué constituye un nivel de ingresos mínimo razonable para no ser considerado pobre en contextos de políticas específicas”

paternalistas. Este desafío cobra particular importancia cuando hay cambios en los precios. Una línea paternalista no garantiza que cuando las personas que se encuentran en la línea de pobreza ganen (pierdan) a causa de esos cambios de precios, el recuento de la pobreza disminuirá (aumentará). Esto se debe a que la línea paternalista no pone un peso en los precios que sea consistente con los pesos elegidos por las propias familias pobres.

En los últimos doscientos años, la literatura y los debates sobre políticas han experimentado una transición entre dos puntos de vista radicalmente diferentes sobre la pobreza. Al principio, había pocos motivos para pensar que los pobres tuvieran el potencial de ser algo más que pobres; la po-

que las políticas adecuadas contra la pobreza contribuyan a ese crecimiento eliminando las restricciones materiales a la libertad de las personas para perseguir sus intereses económicos. Es cierto que el compromiso de combatir la pobreza no es universal en la actualidad. Algunos todavía señalan las conductas de los pobres como causas de su pobreza. Las luchas distributivas continúan en todas partes. Los defensores de las políticas contra la pobreza a menudo se sienten frustrados por los reveses, y todavía queda mucho por hacer. Sin embargo, el progreso que se ha logrado tanto en el pensamiento como en la acción es innegable y las líneas de pobreza son una herramienta, aunque imperfecta, en la que evaluar dicho progreso. **OE**

(1) El sistema Speenhamland (o acuerdos de Speenhamland) fue un sistema asistencial creado en 1795 por los jueces y autoridades del distrito de Berkshire (Reino Unido), quienes se reunieron en Speenhamland para debatir cómo hacer frente a la hambruna que estaba padeciendo la población local como consecuencia de la inflación. Los magistrados descartaron la opción de establecer un salario mínimo para los trabajadores y en su lugar tomaron la decisión de crear un subsidio para los pobres. El subsidio estaba indexado sólo parcialmente al precio del pan. Al precio normal del pan, a un adulto soltero de sexo masculino se le aseguraba un ingreso mínimo que le permitía comprar tres barras de pan por semana. Por cada dependiente (esposa e hijos) se le aseguraba una barra y media extra. El sistema speenhamland tuvo como finalidad la de complementar las rentas de las familias jornaleras cuyos ingresos no eran suficientes para cubrir las necesidades básicas de alimentación lo que fue financiado con un impuesto negativo sobre la renta de los contribuyentes.